

ARTE

Por **Rafael Mateu de Ros**

El 'caravaggio' de Montserrat

ANÁLISIS Un recorrido por el museo catalán y la obra del pintor.

Hay en Montserrat uno de esos museos recónditos que no figuran en las rutas turísticas habituales y que, pese a albergar obras de primera calidad, pasan desapercibidos para el gran público e incluso para los especialistas y, casi siempre, para las autoridades.

Montserrat está muy cerca de Barcelona. Si el viajero toma el tren hacia Manresa en la estación Plaza de España, en el centro de la ciudad, hará el trayecto en menos de una hora, y, en el teleférico o en el tren de Cremallera Funicular, alcanzará la cumbre de la montaña en pocos minutos.

Los fondos del museo comprenden un panorama variado de pintura antigua, moderna, vanguardias y contemporánea, con aportaciones relevantes de escultura, dibujos, acuarelas y obra gráfica. No faltan ejemplos de colecciones de prehistoria y arte de otras culturas. La mayoría de las obras provienen de donaciones particulares de familias y empresas catalanas, que constan en el libro *Museo de Montserrat: La sorpresa del arte*, editado por la propia entidad. Parte integrante de la abadía benedictina, el pequeño museo, construido entre 1928 y 1933, es un ejemplo de amplitud de expresiones artísticas, libertad de opinión, facilidad expositiva, orden y limpieza. Desarrolla además una importante actividad de investigación. Los defectos son los típicos de cualquier museo español: austeridad de los servicios y falta de un espacio de librería de nivel. Y lo peor: muy escasa presencia de público español.

Entre los tesoros del museo

destaca la pintura moderna catalana: Ramón Martí i Alsina, Joan Llimona, Santiago Rusiñol, Ramón Casas, Isidre Nonell, Hermen Anglada Camarasa, Joaquín Sunyer y Joaquín Torres García, incluso algunos lienzos del Picasso joven. Es magnífica la colección de escultura moderna catalana, con obras de Josep Llimona, Josep Clará, Manolo Hugué, Enric Casanova, Pablo Gargallo y Joan Rebull.

Pero destaca el imponente original de Caravaggio *San Jerónimo penitente*, circa 1605. Esta obra tiene una historia curiosa que nos relata Artur Ramón en su libro *San Jerónimo penitente de Caravaggio* (2014). El cuadro fue comprado por el padre Bonaventura Ubach en Roma en 1915, como obra atribuida a Ribera o taller, con el equivalente a unos 180 euros de hoy. Al parecer, el padre Ubach compró un lote de *san jerónimos* a precio de saldo, lo que dice mucho de su capacidad negociadora, pues en aquellas fechas el Spagnoletto estaba mucho más valorado que Caravaggio. El cuadro fue certificado años después por Roberto Longui y por Maurizio Marini, estuvo en la

El padre Ubach compró el 'San Jerónimo penitente' en Roma en 1915 a unos 180 euros de hoy

Caravaggio no debió de ser apreciado por quienes gestionaban las colecciones reales en los siglos XVI y XVII

muestra de Caravaggio en la Palazzo Reale de Milán en 1951 y no hay duda de su autenticidad. Restaurado en el magnífico taller del Museo del Prado y expuesto en 2006, se considera una de las mejores versiones que el pintor lombardo hizo del asunto y es una joya que por sí sola merece visitar el museo.

Pocos 'caravaggios'

Es increíble el escaso número de *caravaggios* que hay en España. Lo normal es que, estando muy concentrada la producción del autor en Roma y en Nápoles, finalmente en Malta y en Sicilia, nuestro país tuviera una representación nutrida de obras. No debió de ser excesivamente apreciado por quienes gestionaban las colecciones reales en los siglos XVI y XVII. Todo lo contrario sucedió en su país natal, y la posteridad, unida a su legión de seguidores (Vermeer, Ribera, La Tour, Velázquez...) ha encumbrado a Merisi al primer o a uno de los primeros lugares de la pintura clásica de todas las épocas. En España tenemos el magnífico *David y Goliat* del Museo del Prado, la *Salomé* del Palacio Real y la *Santa Catalina* del Museo Thyssen, junto a nuestro *San Jerónimo penitente* de Montserrat.

En la sacristía de la Catedral de Toledo se exhibe un *San Juan Bautista* que no parece obra del Caravaggio, aunque se le atribuya. Posiblemente sea de Bartolomeo Cavarozzi o alguien así. La *Salomé* del Palacio Real está mal ubicada. No hay visitas especiales para la pequeña pinacoteca del Palacio y el visitante tiene que ver



'San Jerónimo penitente' es la obra más destacada del Museo de Monserrat.

fugazmente y a paso ligero ésta y las demás obras que se exhiben como un complemento menor de la visita a los salones imperio y al horroroso mobiliario rococó del edificio. Esta obra debería acompañar al *David y Goliat* del Prado. No hay que sacar sino llevar obras emblemáticas a nuestro gran Museo Nacional que, siendo uno de los mejores del mundo, padece algunas carencias: nada de Leonardo ni de Miguel Ángel ni de Vermeer, un solo Rembrandt y un Caravaggio. Allí lo visitarían, en condiciones, muchas más personas que en la sala de paso del Palacio Real en que se encuentra.

Había en España un cuarto e importantísimo *caravaggio*: la pala de la *Crucifixión de San Andrés*, encargado por el Virrey de Nápoles y traído a nuestro país, donde permaneció desde entonces. La obra ha recalado en el Museo de Cleveland, en EEUU, del que es la estrella. Según nos explica Artur Ramón en la obra citada, la administración española concedió la licencia de exportación creyendo que se trataba de una copia, "nefasto episodio de incompetencia en la protec-

ción del patrimonio que algún día debería ser bien explicado" y, añadimos nosotros, ejemplo de la ineficacia de una legislación de patrimonio histórico-artístico anterior a la entrada de España en la UE, que no sirve, que restringe sin sentido y que, al conceder a la Administración la discrecionalidad absoluta, se aplica de forma imprevisible. Conocidos son, en cada extremo del arco del arbitrariedad, el ejemplo del *zurbarán* al que se concedió licencia de exportación por considerarlo una copia y luego se declaró inexportable, revocando la licencia concedida, y el de la *Crucifixión* del Greco, cuya exportación definitiva fue autorizada el año del 400 aniversario del pintor. También en el Museo Sumaya de México se exhibe otra *crucifixión* del cretense, de menor tamaño, que ha podido salir de nuestro país no hace mucho. Nuestros socios europeos nos deben estar mirando en lo que se refiere a la política errática de protección del arte con un grado de reluctancia y escepticismo similares a los que sienten hacia la política fiscal de los griegos.



Lo peor del Museo de Montserrat es la muy escasa presencia de público español en él.